

resumen de los escritos de Albert Slosman

Los supervivientes de la Atlántida



(Fragmento extraído de La Profecía de Orión, de Patrick Geryl, según resumen realizado por este autor del libro de Albert Slosman)

La historia de Osiris (Orión) empieza en el año 10.000 a.C.

L'An-Nu, el sumo sacerdote de Aha-Men-Ptah, reunió al consejo. Tenía noticias alarmantes, pues con "cálculos matemáticos de las configuraciones estelares", estaba en condiciones de calcular la fecha del fin de su mundo. Esto se basaba en los sucesos del cataclismo anterior, ocurrido el 21 de febrero de 21.312 a.C, cuando la Atlántida fue destruida en parte (la Tierra giró 72 grados en el zodíaco). Su mensaje fue sumamente doloroso y duro:

"Hermanos, estamos hoy reunidos aquí para hablar de los aterradores acontecimientos que sufrirán nuestros bisnietos. Sin dudarlo, debemos organizar un éxodo de nuestro pueblo hacia otras regiones y esto representa un enorme esfuerzo durante mucho tiempo".

Pudo oírse un murmullo y luego una ola de protestas, pero el alto prelado era inexorable:

"No me baso en las sagradas escrituras sino en combinaciones matemáticas, que pueden ser comprendidas por cualquiera que lo elija. Todo movimiento de las estrellas y los planetas se produce en armonía, siguiendo las leyes de Dios. Lo que sabemos con seguridad es que las 'combinaciones matemáticas celestiales' tienen influencia sobre todos los organismos de la Tierra, por medio de las configuraciones que representan. Eso, por una parte.

Segundo, los cálculos de mis predecesores y de los científicos de nuestra 'Doble casa de la vida' de Septa-Rerep establecen que una catástrofe de desconocidas proporciones nos aguarda. Durante la anterior, el Norte de nuestro país se convirtió en un enorme iceberg y fueron destruidas otras partes del mundo. Esta vez, nuestro país entero desaparecerá. He recalculado lo que nuestros científicos estimaron tantas veces con anterioridad, y lo único que podemos decir es que nuestro país desaparecerá por completo bajo las aguas. No quedará nada, y si no se toma ninguna medida no habrá nadie que pueda contar la historia de nuestra patria, porque pertenecerá al reino de los muertos".

La mayoría de los oyentes permanecían en silencio, pues estaban impresionados por lo que acababan de oír. Uno de los miembros más ancianos interpretó la commoción general:

"¡No dudo del poder de sus palabras! Es lógico que si aceptamos este gran cataclismo como algo que sucederá con certeza, aquí debemos discutir el éxodo con calma. Pero esto significa la construcción de cientos de miles de barcos, sin mencionar toda la comida que se necesita

para millones de personas. Se requiere la intervención de varias generaciones de preparativos".

L'An-Nu volvió a hablar:

"La ley celestial determina la armonía de los cielos y el movimiento matemático de la Tierra a lo largo del tiempo. Sobre la base de esto, 'aquellos que saben de números', podrán determinar la fecha exacta y la ley causante de la catástrofe. Se producirá el 27 de julio de 9792 a.C, dentro de 208 años y será inevitable. Por lo tanto, apresúrense, honorables miembros del consejo, a tomar las medidas necesarias para que dentro de dos siglos todos puedan abandonar estas tierras e iniciar una segunda patria. Los primeros signos de lo que nos aguarda ya son visibles en el horizonte, donde el Sol está más rojizo a su salida. Aquí concluyo mi argumento, el Este tendrá color rojo, tan rojo como nuestra sangre, porque nuestro imperio pertenecerá a los muertos".

Esto produjo el efecto deseado. A partir de ese día, empezaron a tomar las medidas precautorias necesarias para llevar a cabo un éxodo sin fallas. Los años transcurrieron.

En 9842 a.C. nació el primer hijo del rey Geb y la reina Nut. Era un varón y su madre le puso el nombre de la constelación que dominaba el cielo meridional, es decir, Osiris u Orión. Estaba predestinado a convertirse en el gobernante 589º de Aha-Men-Ptah. (Posteriormente, Aha-Men-Ptah fue llamada Atlántida, por los filósofos griegos.) En 9841 a.C. nació su hermano Seth y un año más tarde, sus hermanas mellizas Isis y Nephtys.

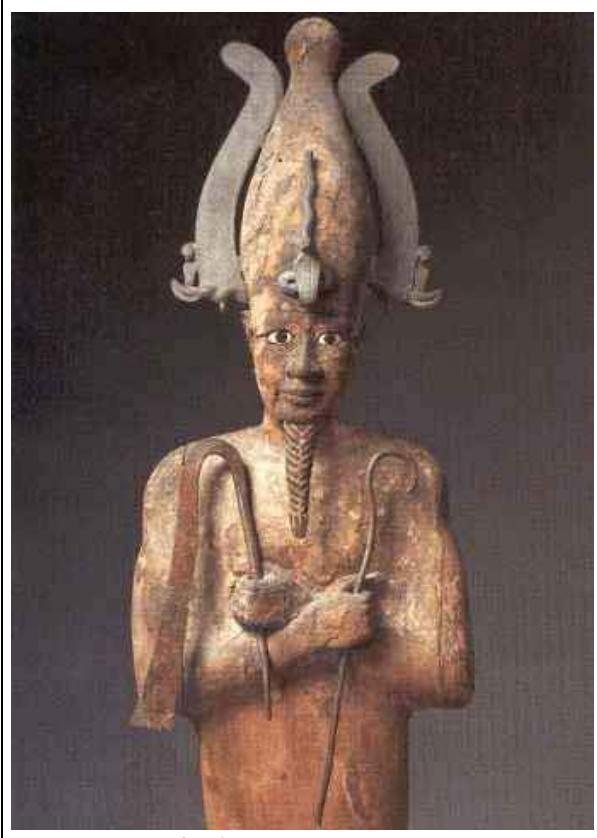
Todos amaban a las dos niñas, pero Seth se comportaba como un pequeño tirano. Envidiaba el éxito de sus hermanas y estaba sumamente enojado por no ser el heredero del trono. A Isis le gustaba reír y a menudo se la veía en compañía de Osiris. El rey Geb observó una estrecha relación entre los dos y decidió que se casaran. En presencia de una gran audiencia, el matrimonio fue solemnizado. Seth estuvo ausente, dado que estaba furioso cuando se enteró del casamiento. En un rapto de ira, se marchó luego de amenazar con vengarse y cometer fraticidio.

De la unión entre Isis y Osiris nació Horus. Mientras tanto, Seth se dedicó a reunir un ejército cada vez más grande. Muchos de sus rebeldes se irritaron al tener que realizar las medidas coercitivas que les infligían para el cataclismo venidero, rehusándose a seguir participando de las tareas por algo en lo que ellos no creían. En esos tiempos difíciles,

Osiris se convirtió en el nuevo gobernante, a los treinta y dos años de edad. Era 9805 a.C, y faltaban trece años para la fecha del cataclismo. Osiris, inmediatamente tomó medidas para asegurarse la fidelidad de los otros estados del país. Formó un ejército que no sólo tendría que conquistar a los rebeldes, sino también proteger los puertos y los depósitos de almacenaje. Miles de botes se guardaron, luego de haberse dado cuenta de que muchos de ellos se habían ido y ahora servían como madera para hacer fuego. Una profunda reorganización tuvo lugar para que pudiera lograrse una tranquila evacuación de aquellos que permaneciesen leales.

El resto de la tierra era un caos causado por Seth. Hubo una increíble cantidad de material a utilizarse en el éxodo que se tornó inútil, se demolió, se rompió o fue robado. Seth ejerció una dictadura criminal y provocó el terror, demostrándolo cuando envió de regreso a dos embajadores del palacio, decapitados, en sus ataúdes. Su mensaje era claro: "No voy a negociar". Sólo quedaban tres

años. Horus tenía 24 años cuando su tío incorporó su séptimo estado y ordenó la inmediata destrucción de 4.000 "Mandjits". Estos barcos a prueba de hundimientos, deberían asegurar la supervivencia de 30.000 personas de esa provincia! Luego de este insensato aniquilamiento hubo un *impasse* de unos tres años. Un par de semanas antes del cataclismo, Seth intensificó su ataque vigorosamente. En la noche del 26 de julio pudo hacerse con la capital, por sorpresa. Sin duda, todos estaban preocupados por el cataclismo venidero que interfería con las medidas que debían adoptarse para la defensa.



Representación de Osiris

El resultado fue desastroso. Hubo saqueos y asesinatos; sólo el palacio real no fue tomado. Seth discutió con sus capitanes la estrategia necesaria, pero decidió no atacar porque sus tropas estaban demasiado ebrias y en este estado no iban a hallarse en condiciones de conquistar las tropas de élite, que se encontraban bajo el mando de Horus. La oposición también supo que

Seth no tomaba prisioneros, y que ellos iban a luchar con todo su vigor por sus vidas. Entonces pensó en una treta. Envío un mensajero al palacio para ofrecer una rendición honorable, con la condición de que Osiris en persona viniera a firmarla.

A pesar de las advertencias de Geb, Nut e Isis, el rey decidió ir. Dejó la defensa en manos de su hijo Horus. Lo escoltaron seis hombres y un oficial. Osiris condujo hasta el lugar del encuentro, pasando por las ruinas en llamas de su capital. Antes de que pudieran reaccionar, las lanzas penetraron los corazones y las cabezas de sus escoltas y los hombres fueron brutalmente asesinados. El rey apenas había sido herido y fue conducido a una habitación donde Seth, con sus oficiales comandantes, lo aguardaban con impaciencia. Convencido de su triunfo, Seth miró a su hermano con arrogancia, en tanto que este sólo lo observaba con profunda tristeza. Entonces, una ira irracional lo invadió. Tomó la espada de uno de sus capitanes y la clavó en el cuerpo de su hermano; ni un sonido se oyó de los labios de Osiris. Luego, les ordenó a sus capitanes que hicieran lo propio. Osiris murió sin emitir un solo sonido. Seth miró a su alrededor, notó que allí había una piel de toro y arrojó el cuerpo aún tibio sobre ella, atando las dos partes que la constituían. Después, ordenó a sus capitanes que arrojaran el "paquete" al mar. Los peces carnívoros y los cangrejos se darían un festín con él.

En el palacio, Neptys, que tenía el don de la videncia, vislumbró los trágicos acontecimientos. Luego de comunicárselos a Horus, este decidió lanzar un contraataque. En muy poco tiempo reunió a dos mil hombres, les explicó lo ocurrido y les informó qué se esperaba de ellos. Con sus corazones llenos de enojo, comenzaron el ataque, matando instantáneamente a cada rebelde que encontraron a su paso. Pronto arribaron al lugar donde habían asesinado al padre de Horus. Eran espectadores de una escena apocalíptica: estaba lleno de cuerpos a los cuales se les había dado muerte de una manera bestial, pero Osiris no estaba allí. Horus continuó con la reconquista y pronto recibió refuerzos de los habitantes y de las otras brigadas. Justo antes del atardecer, la capital fue liberada, ipero completamente destruida!

I 1



Osiris retomó su lugar a la diestra de Dios, lo cual indica que la Tierra se dará vuelta.

En el momento en que el Sol debía elevarse sobre el horizonte, no sucedió nada. Era el 27 de julio de 9792 a.C. y ese sería el último día de la Atlántida. Apareció un ocaso irreal, sin sol ni cielo; una bruma rojiza, sofocante, de difusa claridad a causa de su espesor, fue tendiéndose como un manto parejo que no sólo absorbió todos los sonidos sino también la luz del Sol. La respiración se hizo difícil debido al profundo olor a muerte que dominaba la atmósfera. En todo el continente, la gente comprendió que lo inevitable estaba por desencadenarse.

El instinto de supervivencia afligió a todos con un intenso temor del drama que estaba por venir. No hay palabras para expresar el pánico que se desató. En los anales está registrado en detalle y puede comprenderse el pandemónium descrito, al pensar en el temible panorama que la gente debía enfrentar. La mañana transcurrió sin que nadie estuviera en condiciones de precisar la hora, porque el Sol permaneció invisible detrás de la sofocante niebla, que se tornó color rojo sangre.

Horus comprendió que este era el fin de su país. También se dio cuenta de que si la desesperanza de su pueblo era así de enorme, mucho peor iba a resultar con los rebeldes. Entonces, decidió aprovechar esta situación y asestar un golpe definitivo a las tropas de su tío. Brevemente, explicó esto a sus comandantes, quienes se entusiasmaron mucho con la idea. Les prometió a los soldados que podrían irse a tiempo con sus familias. El

asfixiante silencio de la bruma estaba enloqueciendo a las tropas y, debido al olor insopportable y a este rojizo fenómeno, casi perdieron la razón. Como consecuencia, se produjo un violento encuentro con el enemigo, algo que pareció casi un sueño, pues la borrosa bruma aún impedía una clara visión.

Entonces, la furia celestial se hizo conocer en su omnipresencia; suaves terremotos pusieron fin a la batalla. Nadie pudo ganar porque todos iban a perecer. Muchos fueron arrojados al suelo con sus cuerpos temblorosos a causa de las siniestras oscilaciones. Esto se prolongó con igual intensidad, mientras la bruma impenetrable parecía aclararse.

En el palacio, Geb asumió el mando nuevamente. El monarca anterior no tenía otra alternativa, pues su hijo estaba muerto y Horus aún no había tomado su juramento. Basándose en las leyes reales, decidió iniciar de inmediato el éxodo general. Debieron abandonarlo todo, sin ninguna esperanza de recuperarlo. Primero se envió la orden al puerto para poder empezar con las acciones y medidas planificadas y evitar, en lo posible, el pánico. Los soldados reales estaban todos allí para facilitar la partida del pueblo que estaba a punto de huir.

En el puerto real había miles de "Mandjits", cuya característica principal era que no podían hundirse. Estaban rigurosamente protegidos y a bordo tenían equipos completos de supervivencia, como por ejemplo, botellas de agua, tortas de cebada, cereales, etc. Se había practicado la evacuación hacia tiempo y ésta había funcionado sin fallas. En un breve lapso, cientos de miles de personas se embarcaron. A su vez, comenzó la evacuación de la familia real y de los sumos sacerdotes. Todos se dirigieron a los botes que ya habían sido designados con anterioridad. Para estas personas, las medidas que se habían tomado hacía años, ahora estaban rindiendo sus frutos. El sumo sacerdote, con calma, impartió sus órdenes, las cuales fueron acatadas al pie de la letra. Un gran contingente de seguidores pusieron los tesoros a salvo; nadie tenía la menor idea del alcance de la catástrofe, aunque todos se imaginaban lo peor.

A ciento sesenta kilómetros, los antiguos volcanes que tenían más de mil años de antigüedad se reactivarón. Con un enorme poder arrojaron rocas, tierra y polvo al aire, y la bruma volvió a tornarse espesa. Una lluvia de piedras más pequeñas y pedazos de toda índole cayeron sobre la capital y el puerto; como consecuencia de ello muchas personas fueron heridas o murieron. En medio del pánico que sobrevino, perdieron el autocontrol y comenzaron una verdadera carrera hacia el puerto. Todos arrojaron lo que

llevaban consigo, para poder escapar más rápido. Cualquier indicio de pensamiento humano fue reemplazado por un puro instinto animal de supervivencia. Los soldados fueron atropellados por esta estampida de personas. La turba saltó a los barcos de papiro, que estaban recubiertos con resina y betún para impermeabilizarlos y hacerlos indestructibles. El terror causado por los horribles e inimaginables acontecimientos hizo que la gente olvidara toda noción de seguridad. En lugar de subir a bordo en un número no mayor a diez por barco, luchaban por subir en los primeros *Mandjits* a su alcance. Cientos de barcos se hundieron junto con sus pasajeros ni bien zarparon, o incluso antes de hacerlo. Miles de desafortunados murieron en el puerto, el cual ya no iba a subsistir por mucho tiempo más.

Desde lejos se podía oír los volcanes otra vez, que arrojaban lava al aire. El resto de la aterrizada población que permaneció en tierra, pereció en un torrente de fuego. Cientos de miles de litros de un infernal fuego líquido, hallaron su camino en los pueblos y las ciudades, destruyendo y cubriendolo todo a su paso.

En medio de este terrorífico curso de los acontecimientos, Nepthys e Isis buscaban el cuerpo de Osiris. Nepthys condujo a su hermana a través de la bruma de la invisibilidad. De los soldados que los acompañaban sólo quedaron tres. Dado que la "vidente" tenía grandes dificultades para concentrarse en el lugar exacto donde se encontraba el cuerpo envuelto en el cuero del toro, la búsqueda se hacía muy difícil. El pánico omnipresente y los miles de cadáveres complicaban su tarea. Al parecer, eran los únicos que aún permanecían vivos en este inmenso cementerio, donde las aves, otros animales y las personas habían muerto. ¿Valía la pena seguir buscando, si de todos modos iban a morir?

Eso era exactamente lo que se preguntaba Seth. Luego de los primeros temblores, la parte principal de sus brigadas partió; los que se habían reído incrédulos ante el profetizado final de su mundo, se apresuraban a escapar de su desobediencia a las leyes de Dios, aunque para muchos ya era demasiado tarde. Seth se dio cuenta de que esta rebelión contra las leyes celestiales había, incluso, acelerado el proceso inevitable. Se quedó solo, estupefacto y sin comprender qué había sido de su honor y su reino perdidos.

Horus les dio a los hombres restantes la libertad de partir en orden y decidió quedarse a la zaga y buscar a su tío, para matarlo en venganza por su padre. Ahora había dos hombres en el bosque, cuyas cabezas estaban

atiborradas con los trágicos sucesos, sabiendo ambos que uno debería matar al otro a fin de sobrevivir.

Una vez más, la furia celestial se desató. El tumulto en el puerto ahora estaba en su punto máximo. Cientos de miles se empujaban en la densa niebla para poder abordar alguna nave. No había soldado que pudiera cumplir con su deber en esta masa de gente que se atropellaba camino a la muerte. Las primeras filas simplemente fueron echadas al agua. En ese momento, los rebeldes que aún quedaban llegaron al puerto. Con una despiadada violencia se abrieron paso hacia los botes. Todo el que se interponía en su camino era arrojado al agua o asesinado, luego de lo cual, los soldados se arremolinaron frente a los barcos. Pero a causa de su miedo, cometieron los mismos errores que aquellos que los habían precedido, pues sobrecargaron los botes con demasiados hombres. En cuestión de segundos se hundieron y los ahogados se unían a las pilas de cuerpos flotantes. Otros se dirigieron al puerto real donde se llevaba a cabo el éxodo con toda calma, pero con gran apuro. Los rebeldes provocaron un gran derramamiento de sangre y enfilaron hacia el mar en barcos hurtados.

Afortunadamente, el sumo sacerdote y su familia, junto con otras naves que también transportaban a sacerdotes, ya habían partido. Debido a la densa niebla, no les era posible ver u oír nada acerca de este criminal episodio en el último día de su reinado.

Mientras tanto, los comandantes se acercaban unos a otros sin que se dieran cuenta. La niebla los hacía invisibles e inaudibles entre sí. Seth miró a su alrededor cuando una ráfaga de viento rasgó la niebla; entonces vio a Horus, que estaba meditando a unos veinte metros de distancia. Lleno de odio y sufrimiento, con el deseo de matar al hijo de su hermano, dio un paso adelante.

Otra vez la Tierra temblaba y se expandía una temeraria sinfonía, cuya fantasmal imagen era pesada y siniestra. La lava volvía a correr, continuando su destructivo trabajo. Los árboles se quebraban como si sólo fuesen pequeñas ramas y luego ardían en llamas. El fuego rugiente mataba todo lo que encontraba a su paso, tanto vegetal como animal. Nada podía escapar a eso. Un desagradable olor acompañaba todo ese panorama. Seth, quien en ese momento se encontraba sólo a tres pasos de su sobrino, cayó presa del miedo; un pánico irracional se apoderó de él y atacó sin pensar. Su grito se perdió en el ruido atronador del bosque envuelto en llamas, cuando su espada rozó el hombro de Horus; con otro golpe le pegó a la cara de su

sobrino. Horus estrechó sus manos frente a su rostro y pronto estas comenzaron a sangrar. Seth estaba seguro de su victoria y se escapó, tratando de huir del torrente de lava que se aproximaba.

Aunque Horus aún estuviera vivo, con seguridad iba a morir en ese torrente de fuego fantasmal. Unas enormes nubes ardientes provenían de la lava, la cual serpenteaba emitiendo monstruosos silbidos. Cada vez se acercaba más al hijo de Osiris quien, solo y muy herido, había quedado a merced de los cielos. Había perdido su ojo derecho y el otro estaba lleno de sangre, tenía una rodilla destrozada y un hombro roto, pero aún estaba vivo, aunque no podía ver ni moverse. Sabía que el infierno se cernía sobre él y tenía la esperanza de que Isis y el resto de su familia hubieran podido escapar a tiempo. El arroyo hirviente llegó a los árboles cercanos y los destruyó en apenas unos segundos. Un profundo suspiro se escapó de sus pulmones y sintió el intenso calor que en breve lo iría a quemar hasta convertirlo en cenizas. Entonces se produjo el milagro. Horus yacía sobre un afloramiento de granito, dado que la lava no podría pasar por allí; más bien sólo podría rodearlo, dejándolo a salvo por algún tiempo.

En la costa, por fin Nepthys tuvo éxito. Divisó una pequeña bahía con una enorme higuera. Allí, en una rama que se encontraba sobre el agua debería estar colgado el cuero que guardaba el cuerpo de Osiris. Se comprobó que esto era cierto. Isis suspiró con alivio, pues al final, su demora en abandonar esta tierra había tenido su recompensa. Las dos hermanas, con cuidado tomaron el cuero y los soldados lo colocaron en uno de los pequeños *Mandjits* que había por ahí abandonados. Al cabo de un corto intercambio de ideas, la reina le ordenó a su hermana que se uniese a su familia junto con los soldados. Isis se fue sola en busca de su hijo, quien era el heredero legal del reino que ahora se había perdido, y llegó al palacio real donde Geb y Nut se disponían a partir. Habían estado aguardando las noticias de su hijo y nieto, desesperadamente.

Confrontados con la resoluta decisión de Isis de buscar a su hijo, Geb impartió sus últimas órdenes. Sin más demora, Nut y los restantes jefes debían irse, siendo su lugar de destino, allí donde terminaba el parque y empezaba el canal. Dos fuertes galeras que eran lo suficientemente resistentes como para navegar por los mares más bravios los aguardaban. Un nuevo país iba a necesitar una nueva madre, señora de un nuevo cielo, la cual, en ausencia de Osiris y Horus, debía enseñarles a los sobrevivientes cómo vivir en su segunda patria. Su nombre sería Ath-Ka-Ptah, cuyo

significado literal era "Segunda Alma de Dios", el cual luego sería cambiado fonéticamente por los griegos por Ae-Guy-Ptos (o Egipto, en castellano).

Nut, a quien no le había gustado tener que dejar a su amado, fue arrastrada por los incontrolables elementos. Una enorme explosión en el centro de la capital sacudió a los sobrevivientes, impeliéndolos hacia el caos. Geb, que había decidido acompañar a su hija, se apoderó de varios caballos para poder moverse lo más rápido posible. En cuanto vio todo ese daño y caos, dudaba de que Horus aún estuviera con vida. Pero Isis no quería oír hablar de abandonar la búsqueda. Con confianza lo alentó a continuar, aunque no era una tarea fácil en medio de la niebla. De repente y de la nada, empezó a aclarar y por primera vez hubo luz ese día. La actividad volcánica en la distancia, habiendo lanzado miles de toneladas de lava, se detuvo y un silencio sobrenatural los rodeó. ¡Esto tendría que ayudarlos a encontrar a Horus! Pero ¿dónde buscarlo? Isis extendió sus brazos hacia el cielo y rezó:

"¡Oh, Ptah-Hotep, rey de los cielos, abre tus esclusas y detén el fuego; salva al hijo de tu hijo! Ordena que este día del gran cataclismo no se convierta en el día del gran luto. ¡Oh, Ptah-Hotep, rey de la tierra, ordena que el gran arroyo abra todas sus reservas!"

Seis mil años después, esta plegaria está cincelada en todas las tumbas del Valle de los Reyes de Luxor, y también en Dendera. Y en los anales del libro *The Four Times* [Las cuatro veces] se lee: *"La plegaria de Isis fue respondida y una lluvia rojiza se esparció sobre la tierra, como si la sangre de los muertos se hubiera desparramado sobre la tierra rasgada"*.

Al cabo de algunas horas, la lava se había enfriado y para Isis y Geb era difícil trepar por ella. La reina, desesperada por la tristeza, no sabía qué camino elegir en este desolado paisaje. Como su padre, estaba completamente mojada y exhausta, y apenas podía moverse por entre las rocas endurecidas. Entonces, Isis vio el cuerpo que estaba buscando... ¡y parecía moverse! Lágrimas de alegría brotaron de sus ojos. Horus pensó que estaba alucinando, pues no podía ser que su madre estuviera tan cerca. Pero una mano lo tocó y una voz amorosa le habló:

"Ya no tengas miedo hijo mío, Dios me mostró el camino para llegar a ti y salvarte".

Isis, en su mano, juntó un poco de agua que brotaba de la roca y lavó la sangre del ojo que Horus no se había lastimado, entonces él pudo ver a su madre y también lloró de alegría. Trató de pararse, pero se hubiera caído

pesadamente si su abuelo no lo hubiera sostenido, a raíz de su rodilla destrozada. Con la ayuda de Isis, lo tomaron por los hombros y muy despacio lo llevaron hacia los caballos que aguardaban pacientemente. Allí, Geb habló con una voz que no admitía réplica alguna:

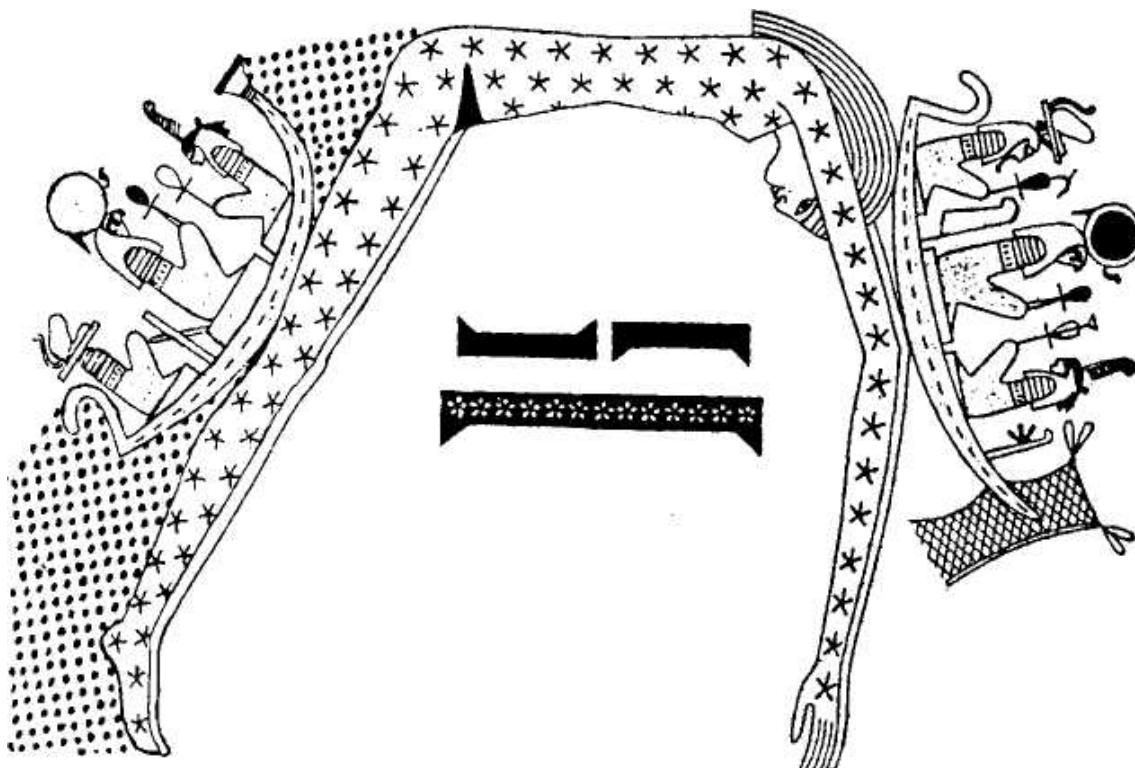
- *"Isis, debes irte de inmediato. Osiris escondió un Mandjit bajo un techo en el Lago Sagrado. Apresúrense los dos para llegar allí y váyanse lo más rápido posible al mar abierto. Hay sólo un par de remos a bordo y les resultará fácil partir. Yo soy prácticamente un peso muerto para ir con ustedes; además, aún debo arreglar algunos asuntos en el palacio. No piensen en mí, ies una orden! Sólo piensa en tu hijo. Ahora, váyanse".*
- *"¡Pero, padre!"*
- *"¡Váyanse, es una orden!"*

Era imposible oponerse a su decisión e Isis se fue, con su otro caballo detrás de ella. Durante la travesía le habló a su hijo de manera alentadora. Ella sabía que el sufrimiento debía ser insopportable y trataba de hacerle olvidar el dolor por un momento. Llegaron al barco sin ninguna dificultad. Isis se sentó en el lugar de los remos y comenzó a remar con vigor hacia el estrecho, donde probablemente podría cambiar por un barco más grande y Horus podría ser cuidado por otros sobrevivientes. Luego de haber pasado el canal grande y el pequeño, se produjo el primer choque sísmico verdadero. La tierra fue arrojada hacia los cielos, mientras una intensa luz destellante atravesó el cielo antes de desaparecer en las aguas, en dantescas llamas saltarinas. Horus no se dio cuenta de ninguna de estas convulsiones de la tierra, pues estaba inconsciente.

Durante ese día —día que aparentemente nunca llegaba a su fin (27 de julio) —, el destino de Aha-Men-Ptah quedó sellado. En el extremo meridional del continente que se hundía, flotaban los *Mandjits* considerados como imposibles de hundirse y ahora había llegado el momento de probar su reputación.

En Occidente, el cielo aún brillaba con un color púrpura, a causa de los acontecimientos producidos por el cataclismo. Pero ¿en verdad era el Oeste? Se avecinaba una tormenta; olas de varios metros de altura se estrellaban contra los *Mandjits*. El agua entraba por los huecos de las embarcaciones haciendo difícil que éstas se mantuvieran derechas. Luego de un período relativamente tranquilo, la violencia volvió a desatarse. Esta vez fue un ciclón y algunos de los barcos de papiro se hicieron trizas. En estas enormes masas de agua, los capitanes sobrevivientes de los barcos trataban de luchar contra el terror de la naturaleza. Aún no habían sobrepasado el límite de lo imposible.

En el cielo púrpura que ahora estaba tranquilo, de repente vieron salir el Sol con movimientos abruptos y lo observaron con angustia. Se aferraron a las barandas de los barcos para cerciorarse de que todavía estaban a bordo. Unos minutos más tarde, el Sol volvió a desaparecer y sobrevino la noche. Para su asombro, las estrellas también adoptaron ese ritmo rápido; luego la Luna apareció y se movió con tal velocidad por el cielo que parecía que iba a chocar con la flota. La noche entera sobrevino en menos de una hora. Nadie sabía qué estaba sucediendo, nadie podía decir si este día sería seguido por otro o no. El horizonte se mantuvo color carmín, con una claridad sobrenatural, fantasmal y enigmática. Todos pensaban que su final había llegado, como así también había llegado el fin del mundo, por obra de titánicos terremotos. Todo se había ido, excepto la bruma.



Esta es una de las ilustraciones fundamentales, escritas en las paredes de los templos egipcios. Muestra el escape de Osiris, Horus e Isis. A la izquierda está la inundación y a la derecha, los Mandjits casi destruidos. En el medio la reina Nut. Ella los protege.

En el horizonte la calma reinaba otra vez. Un chorro de piedras incandescentes fue arrojado en la lejanía y el mar turbulento se encendió. Mientras caía una lluvia de fuego, los sobrevivientes se dieron cuenta de que habían presenciado las últimas convulsiones de Aha-Men-Ptah. Para muchas personas era demasiado duro de creer, pues por generaciones y generaciones su tierra había sido el centro del mundo y ahora se caía a pedazos, mezclándose con las aguas que se elevaban, abandonándolos. Los

que tenían buena vista pudieron ver a través de una niebla púrpura que las últimas montañas habían desaparecido bajo las aguas. ¡Nada había quedado! ¡Nada!

Este hundimiento elevó el nivel de las aguas. Una ola gigantesca, de doce metros de altura y varios kilómetros de ancho se aproximó envolvente hacia ellos, destruyéndolo todo a su paso. Cientos de personas fueron arrojadas al mar pero, afortunadamente, muchos se habían atado a los mástiles, con las sogas que colgaban de las velas. Isis y Horus estaban atados sujetos en su barco perdido, igual que Nepthys y Nut y sus compañeros. ¡Y Seth también! Él se las había ingeniado para escapar y ahora buscaba a los "Hijos de la Rebelión".

Mientras tanto, Horus empezó a diseñar estrategias tratando de olvidar su insoportable dolor. No iría a salvarse permaneciendo en su barco; a fin de sobrevivir, debía elegir un lugar de destino donde pudiera desembarcar sin peligro. Se preguntaba cómo podría suceder todo esto. Del "Maestro de las Combinaciones Matemáticas Celestiales" había aprendido que la Tierra era una esfera, igual que la Luna y el Sol. La observación, seguida por minuciosos cálculos de figuras geométricas formadas por los planetas y los cuerpos celestiales, habían revelado una única ley universal, la cual condujo a este gran cataclismo. Pero la Tierra iba a seguir existiendo, aunque fuera destruida en su mayor parte por los acontecimientos. Esto era algo esperanzador.

De repente, Horus se dio cuenta de que los *Mandjits* no se mantendrían a flote. Habían sido tratados con betún y éste ya se estaba derritiendo a causa del calor. Pronto comenzarían a tener filtraciones y desaparecerían en las profundidades. Después de este descubrimiento, volvió a dormirse y llenarse de sueños. Se preguntaba por qué los sacerdotes apuntaban a la falta de creencia como la causa principal del cataclismo. ¿Acaso su Creador no sentía ninguna piedad por ellos? Él tendría que empezar todo de nuevo para poder comprenderlo.

Un grito de su madre lo devolvió a la realidad. Abrió el ojo que le quedaba, que por cierto tenía severas heridas, y a través de la bruma preguntó:

- "¿*Hay algún problema con los Mandjits, madre?*"
- "No, es el día, el cual aparentemente está comenzando por el lado correcto".
- "¿Por el lado correcto? ¡Eso es imposible! Eso sería posible sólo si estuviéramos en la dirección equivocada".
- "Por cierto que es el Este, Horus, porque hay tierra visible en el Oeste".

El nuevo acertijo dejó a Horus perplejo; ya era hora de encontrar una solución para todos estos acontecimientos apocalípticos. Un clamor angustioso provenía de todos los barcos cuando vieron este inexplicable movimiento del Sol. Todos estaban aterrorizados. Pero el día transcurrió con el Sol del lado equivocado, sin que nada sucediera y la paz fue restituida. Isis se cambió la ropa y fue reconocida por su pueblo. Cuando estuvieron cerca, ella habló con voz estentórea:

"Les hablo a todos, si están dispuestos a vivir en paz con Dios, quien los creó a su imagen, entonces una segunda patria los aguarda: Ath-Ka- Ptah. Allí, los rayos de un segundo Sol se encargarán de nuestra resurrección".

En otro barco, Nepthys pensaba. En la proa se encontraba el cuerpo de su querido hermano, envuelto a salvo en el cuero del toro. De repente ella "vio" la una persona muerta!, algo que no tenía cómo explicar. Entonces se llenó de regocijo; comprendió que un milagro se había producido.

Frente a ella, Osiris apareció en el cielo estrellado. ¡Él, que había nacido como un Dios, y asociado con esta constelación, renacía en el cielo! Su Padre, para hacerles saber de su omnipresencia en toda circunstancia, le dio vida otra vez a su Hijo! Nepthys no sabía por qué, pero de pronto se sintió llena de confianza en sí misma.

Aquí la historia de los muertos de la Atlántida llega a su fin. Todos los hechos estarían entrelazados más adelante en la religión egipcia. La constelación de Orión —nombre con el cual Osiris fue designado—, hallará su imagen en la Tierra, en las tres pirámides de Giza. El hecho de que Orión (Osiris) volvió a "despertar" en el cielo estrellado, se convertirá en la fuerza conductora que sustenta la religión estelar egipcia. Todos los posteriores faraones que fueron sucesores quisieron "renacer" en la bóveda de estrellas, como lo había hecho su ilustre predecesor. Por eso, las pirámides están construidas a semejanza de las estrellas; la culminación del ciclo real de nacer de nuevo. En esencia, una religión basada en estrellas se generó a partir de la creencia de que los reyes muertos se convertirían en almas estelares. ¡Esta religión iba a durar más de 9.000 años!



Osiris, Amo de las Dos Tierras: Aha-Men-Ptah y Ath-Ka-Ptah.

Los faraones se consideraron a sí mismos como los seguidores de Horus reencarnado, el Viviente. Cuando murieran, renacerían a fin de poder elevarse a las estrellas. Todos los funerales tuvieron lugar en el margen occidental del Nilo, donde la comarca de las pirámides simbolizaba el área que rodeaba a Orión en las "orillas" de la Vía Láctea. El traslado de los cuerpos muertos a la orilla opuesta del Nilo era un simbólico pasaje ritual del alma hacia el otro lado del Nilo celestial (la Vía Láctea), donde se encontraba el paraíso celestial y donde Osiris empuñó el cetro. Ahora todos pueden comprender por qué: Orión (Osiris) fue el primer rey-Dios que resucitó, ipor eso el monumento erigido en su nombre es la mayor obra "arqueoastronómica" de la resurrección que jamás haya existido!

Los puntos cardinales en esta brújula eran importantes en este ritual, pues el Sur marcaba el comienzo del ciclo, el Oeste el inicio de la muerte simbólica en el momento en que la estrella desaparecía en el horizonte; el Este simbolizaba el renacimiento de la estrella. Todo esto es una

reminiscencia de los acontecimientos del día del "Gran Cataclismo". Aparte de eso, hay centenares de cosas que podrían simbolizar la religión y los hechos interconectados.

Por ejemplo, en Heracleópolis, se ofrendaba un toro por día para que tomaran su cuero; en el templo de Dendera, el cuero del toro simbolizaba la mayor santidad. El ojo perdido de Horus puede hallarse en el pecho de todos los faraones, etc. En Egipto, también es posible encontrar "arcas" de la Atlántida.

Aha - el Primogénito

En los albores de los Elegidos, nació un "Primogénito" con dones especiales, cuyo nombre fue Aha.

Enseñó la Divina Ley de la Creación y por esta razón, miles de años más tarde, todos los reyes de las dinastías egipcias llevaron el nombre de Per-Aha ('descendiente del Primogénito'), término que los griegos cambiaron fonéticamente por "faraón". Estos descendientes del Primogénito sabían que estaban hechos a imagen y semejanza de su Creador. Por lo tanto, para ellos era de vital importancia vivir según las Leyes Celestiales. Una alianza consagraría la armonía.

No obstante, con el paso del tiempo, parte de sus conocimientos fue desapareciendo. El hombre se sintió Dios, lo que condujo a la gran catástrofe del año 9792 a.C. Una inmensa ola gigante arrasó con decenas de millones de Elegidos del Creador y, a partir de aquí, esta tierra marchita de Aha-Men-Ptah llevó el nombre de "Imperio de los Muertos en la Otra Vida".

Profundamente commocionados, los sobrevivientes decidieron celebrar una nueva alianza con el Creador; le agradecieron por haber sobrevivido y le pidieron perdón por sus faltas. A fin de lograr la paz eterna en la Tierra, esta vez su tratado sería indestructible. Escribieron todo con sumo cuidado para crear lazos inquebrantables para siempre, y por esta razón puede rastrearse su éxodo.

Desde las costas de Marruecos, donde desembarcaron con sus mandjits (botes que no podían hundirse), siguieron una exacta ruta delineada hacia Egipto, en una travesía que duró miles de años, permaneciendo siempre en el mismo grado de latitud. Esto lo hicieron los seguidores de Horus y también los rebeldes de Seth.

Los sumos sacerdotes tenían el mismo origen étnico y, después de estudiar el cielo estrellado, arribaron a conclusiones similares, dado que no debían perturbarse las Leyes Celestiales.

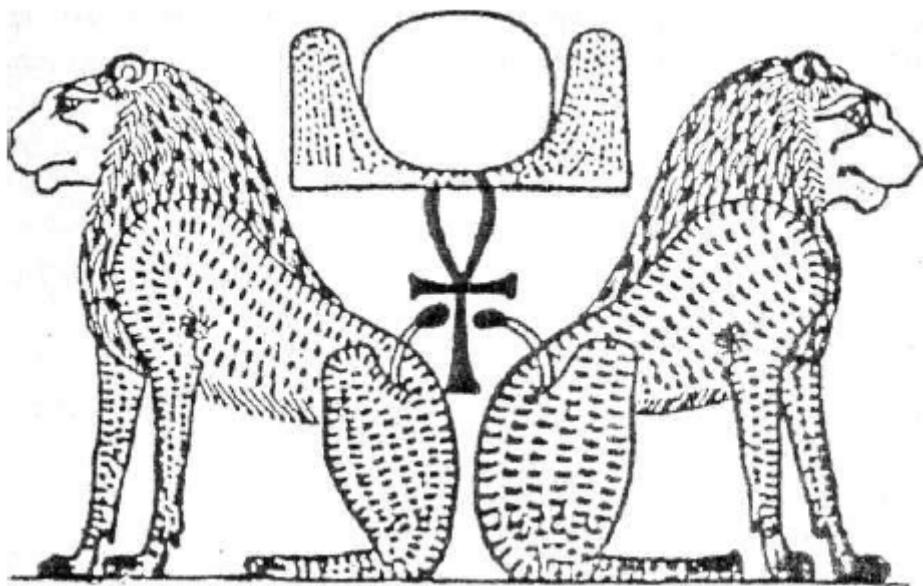
Ath-Ka-Ptah, el "Segundo Corazón de Dios", es la personificación de la llama eterna, que se elevó de las cenizas, gracias a Osiris, el Primogénito, y sus descendientes.

Sin embargo, a medida que pasaron los años, aparecieron fracturas en la alianza y la gente olvidó sus compromisos.

Este extenuante y trágico período fue más desenfrenado que la más alocada imaginación: durante más de cinco mil años los clanes de Seth y Horus lucharon entre sí. Estos alucinantes enfrentamientos no terminaron hasta que llegaron a la Tierra Prometida.

Las antiguas crónicas cuentan exultantes sobre la llegada a Ath-Ka-Ptah (Egipto), el "Segundo Corazón de Dios".

Además, los clanes se unieron en un momento en que las estrellas y los planetas estaban en una posición favorable; una nueva era podía empezar.



Los dos leones, que miran en direcciones opuestas, muestran que la Tierra empezó a girar hacia el otro lado, después de la catástrofe anterior.

La influencia de la terrible catástrofe puede observarse en todos los edificios construidos después de este acontecimiento. Hay dos leones representados en el sarcófago de Ramsés II, que miran en direcciones opuestas, indicando que después de la catástrofe y, por lo tanto, después de la inversión de los polos, la era del León se invirtió.

Entre los leones hay un Sol que descansa en un cielo invertido, con la cruz de la vida vinculada a él. Simbólicamente, representa un renacer radical de

la vida en la Tierra; también muestra la horrible posibilidad de una nueva catástrofe si las Leyes Celestiales no se respetan.

Este razonamiento profundo es la fuerza impulsora detrás de la creación de los enormes monumentos en honor a Ptah, que formaron el corazón de la nueva alianza con su Creador en el "Segundo Corazón de Dios".

El Laberinto, de increíble tamaño, con sus tres mil habitaciones, no es el único ejemplo de esto. Para su construcción, que llevó trescientos sesenta y cinco años, se utilizaron imponentes monolitos: el templo de Karnak y las pirámides de Giza son otras muestras destacadísimas de la adoración a Ptah. En todos los templos se hallan himnos y textos en honor del Creador.

La profunda fe de esta civilización se origina en su resurrección en una nueva madre patria. Aun si la fantasía y los hechos se hubieran mezclado al cabo de miles de años, no habría ninguna diferencia. Los antiguos egipcios estaban completamente convencidos de que estas creencias heredadas eran verdaderas y basaron todas sus acciones en ellas.

Usted puede advertir que esta historia muestra gran similitud con la religión católica, por ejemplo con respecto a la resurrección de Osiris.

Después de la catástrofe

Esa noche, los sobrevivientes vieron los últimos espasmos de Aha-Men-Ptah. Despues de gigantescos terremotos, la ciudad capital desapareció bajo el agua que subía, y un irreal brillo púrpura rodeó al continente que se hundía. Desde sus botes, los sobrevivientes vieron cómo los volcanes que explotaban disparaban lava hacia el cielo, mientras que el inmenso continente descendía.

Había sido su madre patria por toda una eternidad, y ahora casi había desaparecido. No obstante, su sufrimiento no terminaría todavía, pues macabros haces de luz gigantescos bailaban alrededor de sus mandjits, a los que les costaba mucho mantenerse en pie con semejantes fuerzas huracanadas. Nadie sabía si sobrevivirían. La noche parecía durar una eternidad, mientras que la Luna y las estrellas hacían abruptos movimientos. Otra vez, los volcanes estallaron y dispararon sus mortales restos más allá de los mandjits.

Un fuerte olor a azufre llenó el aire, al tiempo que un apocalíptico y elevado pilar de brillante luz se elevaba por el cielo.

Además, la noche continuaba; esto no era ninguna ilusión, sino una realidad matemática, porque la corteza terrestre se estaba corriendo miles de kilómetros. No sólo los sobrevivientes, sino también todo sobre la Tierra era arrojado en una gran commoción. Florecientes civilizaciones que no tenían ninguna clave de lo que estaba sucediendo fueron barridas, decenas de especies animales encontraron su inevitable final, mientras el aspecto de la Tierra cambiaba drásticamente.

Las montañas surgían de la nada, al tiempo que otras regiones de la Tierra descendían con rapidez; el agua estaba por todas partes y se elevaba hasta alturas catastróficas, y los huracanes azotaban la superficie de la tierra. Durante estos acontecimientos, los sobrevivientes debieron mantenerse en pie, tarea muy difícil de cumplir en un mundo que se desvanecía. Ocasionalmente, el cielo parecía que iba a aclararse, pero era sólo en apariencia. Por fin, un milagro tuvo lugar y un nuevo día empezó; gritos de alegría salieron de los pulmones de los pobres afligidos.

Sin embargo, una gran sorpresa se hacía visible en el cielo.

¿Era verdad lo que veían o era una ilusión? Tal vez un fenómeno celestial más difícil de entender todavía que el anterior creaba esta ilusión. ¿O no lo era? ¿Quién podría decirlo?

La omnipresente bruma maloliente persistía, haciendo difícil reconocer los rayos difusos, hasta que se tornaron más fuertes. ¡Anunciaban la salida del Sol por el Este! Gritos de sorpresa surgían de los frágiles botes, pues simplemente no podían creerlo. ¡El Sol salía desde el punto donde se había puesto!

Llenos de sorpresa señalaron el movimiento invertido del Sol; para muchos de ellos éste era un dilema incomprensible.

Sin embargo, algunos sacerdotes pudieron comprender por qué la noche había sido tan dramáticamente larga. La Tierra solía moverse de Este a Oeste y, debido a la catástrofe, este movimiento se había invertido; por eso la fatídica noche había sido más prolongada. Además, la corteza terrestre se había corrido, agregando más horas todavía a esa noche.

Una enorme ola, causada por gigantescos maremotos, llegó rodando hacia ellos. Esto captó por completo la atención de los sobrevivientes, quienes

olvidaron el milagro y se concentraron en sobrevivir: permanecer vivos, ¡esa era la misión!

Los *mandjits* se elevaron entre quejas:

«Podremos superar esto?», se preguntaban los exhaustos pasajeros; ya no podían aguantar por mucho tiempo más.

En condiciones normales, los botes podían soportar las más tempestuosas aguas del océano, pero esto era una acumulación de todos los desastres naturales posibles; nadie había experimentado alguna vez algo como esto.

mu



¡Llegó la hora!

Osiris toma el peso de los errores de la humanidad, coronándose con el Sol Muerto, para permitir que el Nuevo Sol salga por el Este como un nuevo instrumento de Dios.

Los nudos estaban desechos; las velas, desaparecidas; los timones estaban destrozados y los botes tenían filtraciones.

En resumen, la mayoría de los barcos ya no servían para navegar. En ese momento, no se dieron cuenta de que una nueva Ley Armónica Celestial estaba rigiendo: su Creador les había dado la posibilidad de construir una nueva existencia. Para ilustrar esto, el tiempo volvió a correr en un año solar, pero todos los cuerpos celestes se movían ahora en dirección inversa.

Varias horas más tarde, en ese día inolvidable, se hizo evidente que la armonía había vuelto a ser cíclica. Los elementos se habían calmado.

En los días subsiguientes, personas destrozadas y con una palidez mortecina fueron arrastradas por la ola gigante hasta el sur de las costas de Marruecos, a lo largo de cientos de kilómetros.

Esto había sido posible sólo por la frágil pero magnífica construcción de los *mandjits*, famosos porque no se hundían.

Gran cantidad de cadáveres llegaron a las nuevas costas, aumentando los riesgos de epidemias; por lo visto, su sufrimiento todavía no tenía fin. Durante muchas noches, vieron en sus sueños imágenes de cuerpos desechos, con los rostros contraídos y los ojos bien abiertos, en cuya mirada se había congelado el horror. Sólo unos pocos de sus desafortunados compatriotas pudieron ser enterrados.

La gran mayoría fue enviada de vuelta al mar, donde las rompientes los arrastraron a las aguas más profundas, para convertirse en presa fácil de cangrejos, peces y tiburones.

Además de la inmensidad del mar, todavía podían divisarse algunos picos montañosos y volcanes que habían logrado escapar de la inundación. Un puñado de voluntarios empezó a buscar sobrevivientes y encontró algunos habitantes originales, que recibieron el nombre de "Sobrevivientes de las Islas Afortunadas". Dichas islas conservaron esta denominación hasta el siglo XVI, cuando adoptaron el nombre de Islas Canarias.

En el lugar donde se reagruparon los sobrevivientes se fundó una ciudad, que recibió el nombre de Nut, la "Dama del cielo", madre de Osiris y última reina de Aha-Men-Ptah. Actualmente, este lugar sigue llamándose Cabo Nut. Las crónicas cuentan que alrededor de ciento cuarenta y cuatro mil personas sobrevivieron a la catástrofe.

Lo extraño es que esta cantidad coincide con la predicción de los Testigos de Jehová, quienes anuncian que después del fin de los tiempos sólo ciento cuarenta y cuatro mil elegidos serán admitidos en el Paraíso. Indudablemente, se basan en la historia egipcia (Si los Testigos de Jehová quieren sobrevivir a la próxima ola gigante, les aconsejo que urgentemente construyan una nueva Arca de Noé).

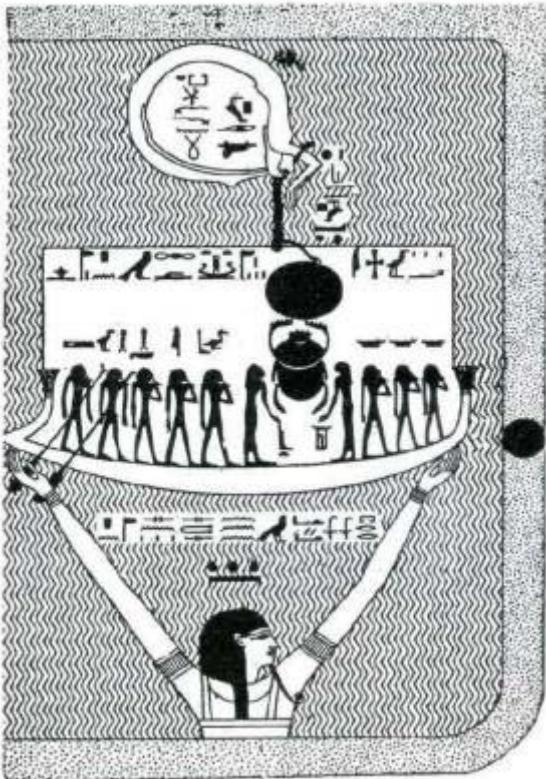
En los primeros días, la vida de los pasajeros estaba a la deriva, y una gran tristeza por la magnitud del evento les arrebató su impulso vital. Algunos estaban desesperados, destruidos por la tristeza provocada por la pérdida de sus familiares; otros meditaban sobre su situación; y había otros en un estado de commoción tan profunda que se encontraban como en trance y miraban al vacío, sin ninguna expresión.

Nada volvería a ser como antes, y de eso estaban convencidos. Por ahora se encontraban a salvo, pero eso era todo; no volverían a ver a su país otra vez. Durante ocho largos días, el Sol salió por el Este, cuando, repentinamente, aclamaciones de júbilo resonaron entre la multitud.

¡Neftis y los restos de Osiris habían desembarcado!

No obstante el hecho de que Osiris ya tenía una vida extramundana, él seguía siendo el Primogénito de Dios. Nadie supo por qué, pero todos recuperaron su fuerza y confianza. La hermana melliza de Isis (junto con sus cuatro hijos) se reunió con su esposo, el sumo sacerdote; ella nunca había dudado de que debiera cumplir una misión divina. A la mañana siguiente, llegó un enviado trayendo la buena noticia de que Nut, la Reina Madre, ya estaba en camino, y la muchedumbre recibió su llegada con mucho entusiasmo.

De inmediato, ella ordenó fundar una nueva aldea, empresa que se cumplió con el esfuerzo mancomunado de todos.



En la parte superior: el hundimiento de Aha-Men-Ptah.

Abajo: Osiris abraza uno de los mandjits donde están sentados los sobrevivientes, representados simbólicamente. El Escarabajo, Maestro de la Vida, es el símbolo divino del mecanismo celestial. Éste sostiene al viejo Sol, que está por hundirse.

Luego indicó a los trabajadores que construyeran un alto muro de tierra alrededor de la aldea y, si bien no guardaba ninguna semejanza con su palacio de Ath-Mer. No estaba para nada triste. Se resignó pensando que esto era similar a los villorrios primitivos que se habían construido después de la catástrofe anterior.

¡Habían pasado miles de años y ahora se encontraban en el mismo punto de partida!

En este período de ajuste hubo un aspecto que pasó casi inadvertido. Después de haber tenido una visión, Neftis - junto a algunas mujeres - construyó un lugar para el descanso final de Osiris.

En la visión, le habían ordenado no sepultar el cuerpo del Primogénito ni sacar el cadáver de la piel de toro en la que estaba envuelto. Su esposo, el sumo sacerdote, protestó tibiamente contra esta medida, pero, conociendo los dones de vidente que ella tenía, no insistió en hacer lo contrario. Sin embargo, Nut, su madre, se negó a aceptar el postergado funeral.

Los "Anales de las Cuatro Horas" lo describen de la siguiente manera:

—Sólo Isis puede tomar una decisión al respecto, pero no tenemos ninguna noticia de ella...

—Querida madre, ella está cuidando de su hijo, que está gravemente herido; en breve estarán aquí.

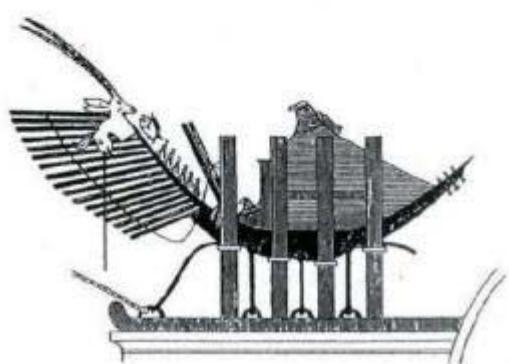
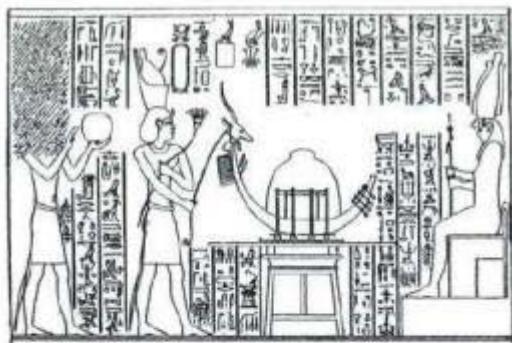
— ¡Qué buenas noticias! ¡Estaba tan preocupada! Dime, ¿no deberíamos pedirles a algunos de los hombres que los pasen a buscar? ¿Dónde se encuentra ella?

—Madre, no necesitan ayuda porque nos reuniremos con ellos. Prepare las chozas que sean necesarias para el séquito que los acompaña.

Mientras pronunciaban estas palabras, Isis, la esposa de Osiris, todavía sufría en el mar, preguntándose desesperadamente quéería de su futuro.

Como viuda y ex reina de un país que ya no existía, ese futuro parecía muy sombrío; sólo su hijo, Horus, le infundía el coraje para seguir viviendo. Volvió a quedarse dormida hasta que, de repente, oyó voces. Todavía exhausta, abrió los ojos y miró a su alrededor. La línea costera se encontraba muy próxima y el *mandjit* se detuvo con un sonido chirriante.

Con sus últimas fuerzas arrastró a su hijo hasta la playa, lo más lejos posible, y lo acostó al amparo de unos árboles que habían sido derribados. En seguida un grupo de sobrevivientes los rodearon; habían ido tierra adentro y habían hallado montañas, por lo tanto habían tenido que regresar con las manos vacías. Si bien Isis se encontraba sumamente debilitada, la gente la reconoció de inmediato, y tanto hombres como mujeres se arrodillaron ante su presencia; con prontitud construyeron dos camas para la familia real.



La descripción esotérica del mandjet de Horus

Esa noche, todos durmieron a su alrededor.

A la mañana siguiente comenzaron la travesía; dos hombres transportaron a Horus. Se alegraron al reunirse con un grupo de veinte personas. Le dijeron a Horus que la Reina Madre estaba reagrupando a todos los sobrevivientes que quisieran fundar el "Segundo Corazón de Dios". Entonces, él decidió caminar, hecho que limitó considerablemente la velocidad del grupo. Al cabo de un viaje de doce días arribaron a la aldea primitiva y, cuando lograron reunirse, una profunda dicha se apoderó de todos.

Mientras tanto, Seth había logrado reagrupar parte de sus tropas en un lugar situado a dos días de allí, camino al sur, en un pozo de agua llamado E-Lou-Na o "Los Escapados del cielo".

Se sintió sumamente ofendido al enterarse de que su familia trabajaba en el establecimiento de una nueva vida. ¿Cómo podían su madre y hermanas hacerle esto? Juró venganza y, al poco tiempo, su cerebro enfermo hervía con nuevos planes. Cargado de furia les ordenó a sus tropas tomar la ciudad, pero éstas se rebelaron porque nadie sentía el deseo de continuar con la guerra. Por lo tanto, con la cabeza gacha, el tirano tuvo que reconocer su temporaria derrota.

Al mismo tiempo, Neftis le enseñaba a su hermana gemela:

"Los signos celestiales nos servirán de guía y nos permitirán descubrir por qué hemos pecado contra las leyes de Dios. El Gran Poder, el León, nos dominó y entonces se produjo la destrucción. Hace mucho tiempo ocurrió un desastre similar, bajo las mismas circunstancias, y Dios quiere que lo comprendamos.

Por eso nos enseñó, manifestándose por medio del Sol, y el León fue su verdugo. Ahora, recibimos conexiones armónicas de una nueva alianza con el León y su doble, para mostrarnos que el Sol ahora se mueve en sentido inverso en el León. Sólo el Descendiente puede crear la existencia de este lazo entre su pueblo y su Padre, Dios.

Ni bien tu hijo se recupere, será iniciado como Per-Aha y por medio de esta iniciación podrá restablecerse la Alianza con los Doce. Este lazo une la Tierra con los Cielos y protegerá a nuestro pueblo para siempre. El día que este vínculo se rompa, una catástrofe más horrible todavía destruirá nuestra civilización. No quedará nada más que piedras como símbolo de un glorioso pasado".

Estas últimas palabras continuaron resonando de manera siniestra en los pensamientos de Isis y ella nunca las olvidaría.

Algún tiempo después, Neftis consideró que ya había llegado el tiempo para cumplir con los designios de Dios, entonces tuvo el honor de ejecutar lo que Él había escrito. En presencia de su amado sumo sacerdote, Isis y sus sacerdotes iniciaron la ceremonia:

"Que nuestro honorable sumo sacerdote pronuncie las palabras purifica-doras para despertar a Osiris de su largo sueño. Que el antiguo ritual para la protección de los vivos se desarrolle ante nosotros. ¡Que el Hijo del Primogénito sea restituido a sus seres queridos y todos sus descendientes!".

Entonces, los siervos ele Dios se dirigieron al cuerpo sin vida envuelto en piel de toro, los asistentes se arrodillaron y el sumo sacerdote pronunció estas claras y hermosas palabras:

"Alabad al Señor en este momento especial, para que nos ayude con su inmensa misericordia".

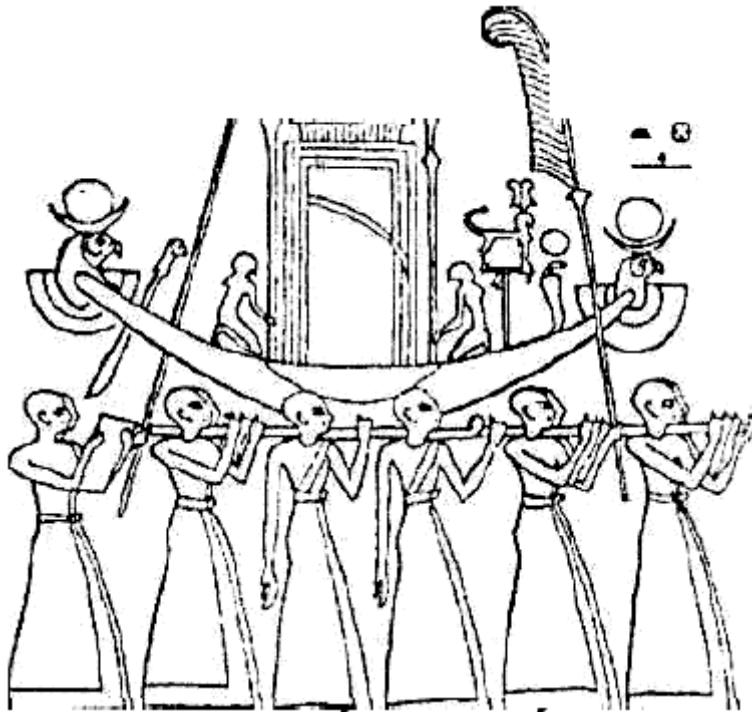
Y continuó con las honorables palabras que serían guardadas para siempre, en el futuro Libro de los Muertos, como el Himno a Osiris:

"Honra a ti, Padre de todos nosotros, por todo lo bueno que nos has entregado después de nuestra llegada a esta tierra. Ven a nosotros, ioh!, Tú, Padre que todo lo sabes, para que podamos devolverte, al final ele esta ceremonia, a Osiris, Tu hijo y padre ele Hprus. Él proviene de Ti y regresó a Ti, Padre de los felices en la Vida Extraterrena. Pero te imploramos que nos lo devuelvas en su forma humana...".

La resurrección de Osiris

Luego de rezar por algunos instantes, el sumo sacerdote y sus asistentes tomaron un escalpelo y con cuidado empezaron a cortar la piel del toro, cuando de repente se produjo el milagro. Osiris apareció en perfectas condiciones y parecía que se había quedado dormido durante un par de horas.

Sólo le había crecido la barba, pero el resto del cuerpo lucía perfecto y bien conservado, sin vestigios de descomposición.



El mandjít que transportó el cuerpo de Osiris sin signos de descomposición a Ta Mana durante el Gran Cataclismo.

Se oyeron gritos de alegría y asombro, y ya, a esta altura, nada parecía imposible para Isis; sólo Dios habría podido hacerlo. Con este conocimiento, una fuerza espiritual, más poderosa que la causa del Gran Cataclismo, se apoderó de ella.

Se arrojó a los brazos de su amado, cuyo cuerpo parecía vivo, ¡aunque hasta ese momento no había mostrado signos de vida! Isis comenzó con una letanía de lamentos, con la esperanza de invocar la resurrección de su marido.

Aunque ya han transcurrido casi doce mil años, esta invocación todavía sobrevive, grabada en docenas de tumbas de Tebas y Saqara:

"¡Oh, Amo de los Espíritus, este llamado también es Tuyo! ¡Oh, Señor sin enemigos!, somos Tus hijos que te imploramos. Por favor, responde las plegarias de Tu hija, a quien no puedes rechazar, porque has permitido que nacieran en mi corazón.

Mi alma va camino hacia Ti, a quien ofrezco mis ojos. Te imploro por el regreso de Osiris. Ven, mira a la que ama a Tu hijo y a su alma entera. ¡Oh, Señor, por favor, concede el deseo de tu hija!".



La adoración del 'Toro Celestial'. Su cabeza está cubierta por el nuevo Sol que representa a Osiris resucitado en el cielo.

Entonces, de pronto, todos los presentes sintieron una fuerza espiritual extremadamente inusual e intensa y temblaron de emoción; Nut e Isis dejaron que las lágrimas corrieran libremente.

En ese momento preciso, Osiris despertó como si nunca hubiera estado muerto. ¡El milagro por el que todos habían rezado con tanto fervor aparecía delante de sus ojos! Con loca alegría, Isis fue la primera en abrazar a su marido y, después de ella, todos se reunieron con Osiris y quisieron conservar un pedazo de la piel de toro que lo había preservado de manera tan milagrosa.

Posteriormente, esta energía sería descripta como la "Fuerza Celestial" que devuelve la vida por medio de su "Hálito de Vida". Miles de años más tarde, este acontecimiento se convertiría en la base de un culto, la alianza entre los "Seguidores de Horus" y el "Toro Celestial".

Mientras tanto, no había límites en el entusiasmo de la gente por la resurrección de su rey. En ese momento, Isis todavía no sabía que su marido había regresado con una tarea especial, la de enseñar a su hijo Horus y dejarlo apto para gobernar al pueblo elegido de Dios. Sólo de esta manera las leyes y los Mandamientos de Dios serían bien comprendidos y respetados.

Al día siguiente, Osiris comenzó con las lecciones.

—Hijo, pronto te recuperarás. Tus ojos simbolizarán el despertar de la nueva historia. A partir de mañana serás el protector del pueblo, porque tus ojos habrán recobrado la vista por completo. El símbolo del día será tu ojo izquierdo, que el Sol protegerá mientras navega el Gran Arroyo Celestial. Tu otro ojo

cerrado será el Justificador de la noche, allí donde el tiempo pasa dubitativamente. Hasta el fin de los tiempos serás el Guía de tu pueblo.

— ¡Pero, padre, tú aún estás entre nosotros! Es tu deber guiar a nuestro pueblo.

— Hijo, mis días están contados. Estoy aquí para enseñarte los símbolos sagrados y su significado. Mira el mar, Horus: se ha calmado, pero ya no es lo que solía ser, porque el Sol ahora se asoma del otro lado; un nuevo ciclo ha empezado...

— Recuerdo muy bien las profecías de tu padre, Geb —respondió Horus— y todas se han cumplido... ¿Por qué tuvo que sucedemos esto?

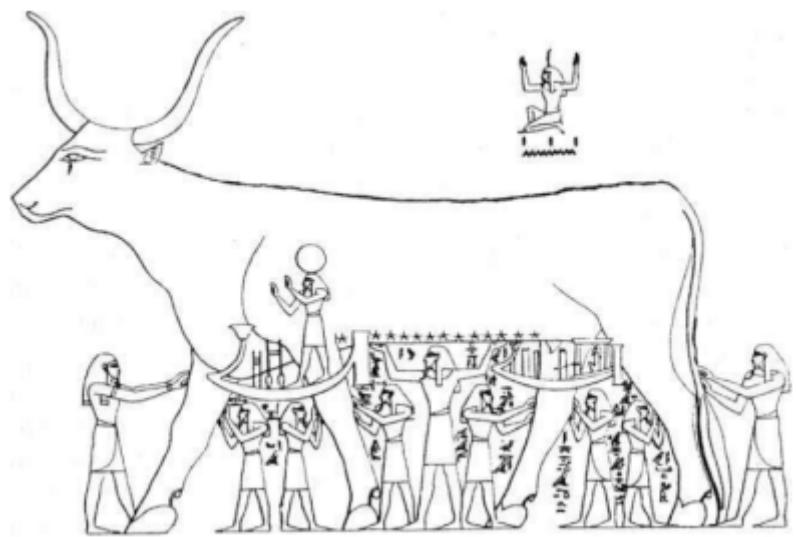
— Para que la gente comprenda; tiene que ver con nuestro compromiso con Dios, que es muy frágil y que nos deparó esta tragedia.

— ¿Qué quieres decir, padre querido?

— Para estar nuevamente conectados por completo con nuestro Creador, debemos volver a respetar sus mandamientos; nuestras fuentes de conocimiento espiritual deben convertirse en una; por lo tanto, debemos basarnos en las nuevas "combinaciones matemáticas celestes" que nos permitirán volver a vivir en armonía con el movimiento del cielo.

— Pero, padre, ¿no es acaso Dios el principal responsable de eso?

— ¡Con toda seguridad que no, Horus! Nuestros antepasados, los Elegidos, hicieron por única vez un pacto con Dios, el cual no fue respetado por sus descendientes. Sin duda, esto debe de haber provocado la ira celestial sobre nosotros. Mucho antes de Geb, las fuerzas destructoras habían empezado su tarea maléfica. El egoísmo, el odio, la envidia y muchos otros vicios negativos estaban minando la alianza. Si todos hubieran permanecido fieles y hubieran seguido rezando, Dios hubiera tenido piedad de nosotros, porque Él es el padre de todos nosotros. Sin embargo, los templos estaban desiertos y casi derrumbados, y por esta falta de creencia en Dios cayó sobre nosotros el horror indescriptible del Gran Cataclismo.



La Era de Tauro custodiada por Osiris. Al frente, Su Alteza el Sol se yergue protegiendo a las Dos Tierras y los descendientes de Osiris.

— ¡Oh, padre, tienes razón! Mientras que los sacerdotes no olviden sus tareas más importantes, serán la garantía de nuestra resurrección.

—Es cierto, hijo mío; por lo tanto, es necesario repetir constantemente los hechos importantes para las generaciones venideras. Sólo un intensivo entrenamiento oral puede llevar a cabo la transferencia de nuestro conocimiento, de modo que no habrá separación entre Dios y Ka, el creador de sus imágenes físicas. Cuando esto se cumpla, adquiriremos el derecho de tener una Segunda Patria. El "Segundo Corazón de Dios" llevará el nombre de Ath-Ka-Ptah, en honor a nuestra madre patria, y para agradecerle a la armonía celestial que nos ha permitido escapar a un nuevo país.

Hubo un largo silencio antes de que Osiris continuara:

—El mar todavía está rojo, teñido de sangre, pero en breve volverá a ser azul y todo habrá quedado en el olvido. De ti depende imprimirla en la memoria de tu pueblo para siempre, porque, si lo olvidan, las cadenas volverán a romperse, y esta vez, te lo «aseguro, Horus, significará el fin definitivo.

—Me ocuparé de que la alianza con nuestro Creador nunca se rompa. Las estrictas órdenes de los sumos sacerdotes también serán de utilidad para ellos.

—Mientras nuestro pueblo permanezca unido, esto será posible, pero ya existen dos grupos hostiles; por lo tanto, tu tarea no será fácil.

—¿Qué sugieres, entonces?

—Tu único propósito es evitar que esto vuelva a empezar. Todos deben sentir de verdad que tienen la protección de Dios para toda la vida. Más aún, es necesario enseñarles a todos con suma prioridad hasta la noche de los tiempos, más allá del gobierno que impere. Por lo tanto, debes esculpir las leyes de Dios en estas rocas indestructibles, como también la historia del gran cataclismo anterior, con su fecha precisa y sus consecuencias. Los dos leones que miran hacia horizontes opuestos, con el sol entre ambos, serán el símbolo que las generaciones más jóvenes comprenderán.

—Pero, por cierto, padre mío, todavía es mucho lo que debo aprender. Primero tendremos que volver a estudiar las "combinaciones matemáticas celestes", luego de lo cual podremos restablecer nuestra perdida armonía con el Cielo.

—Eso no será demasiado difícil, hijo mío. Si no me equivoco, el Creador ha dejado los movimientos del universo tal como eran, y sólo la Tierra gira en dirección opuesta, sin influir en nuestro viaje espacial alrededor del Sol.

—Entonces, ¿el Sol sigue en su mismo lugar?

—Sí, pero la Tierra ha cambiado de curso y, debido a esto, ahora vemos todo del lado opuesto. Pronto este conocimiento matemático será claro para ti, y los otros elementos que te enseñaré te ayudarán a terminar tus estudios mediante la meditación. Dentro de un par de meses tendrás disponible un conocimiento sin igual. Aquí te entregaré la Palabra, basada en veintidós versos fonéticos y, entonces, una sabiduría todopoderosa será parte de ti. Gracias a tu nombre serás tú mismo y nadie más.

—Cumpliré con la tarea, padre mío.

—No lo tomes demasiado a la ligera, hijo. Los cálculos de los maestros de las mediciones y los números son los únicos que cuentan, y nunca debes dejar que nadie haga una broma sobre eso. A propósito, tendrás que hacer todas las combinaciones matemáticas mucho más difíciles de comprender, pues de lo contrario podrán convertirse en tema de burla.

—Lo sé muy bien, padre mío. Los sumos sacerdotes fueron humillados por sus profecías basadas en sus cálculos. Aún puedo oír las palabras sarcásticas de innumerables escépticos. Pobre Geb, mucho debió soportar para salvar a los hijos de la Luz que habían nacido en su tierra.

—Por lo tanto, al Maestro Geb lo describirán en los Anales como el Padre de la Tierra, porque debido a su perseverancia los mandjits pudieron escapar de este inmenso horror. Horus, tú eres su nieto y también un Primogénito, y el lazo vinculante con las próximas generaciones. Por tu intermedio, las Leyes Divinas serán restauradas.

—Comprendo, padre.

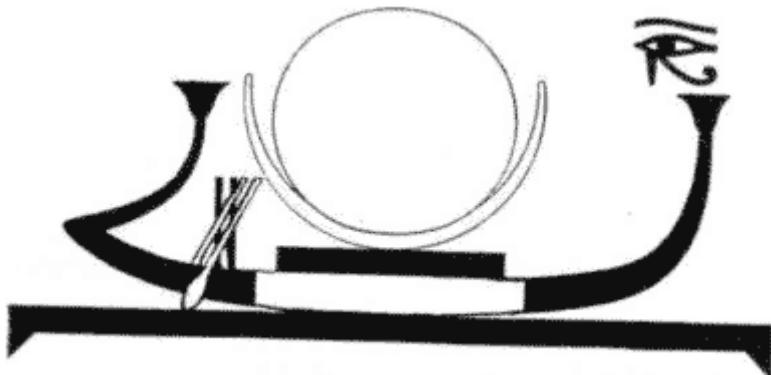
Mientras tanto, el sumo sacerdote había vuelto a estudiar con todo cuidado las nuevas combinaciones; las antiguas, las sabía de memoria. Se encontraban en las Sagradas Escrituras, que cada uno de los sacerdotes había enseñado a su Primogénito, del mismo modo en que él había estudiado las combinaciones matemáticas celestiales en su niñez.

Por lo tanto, conocía el mecanismo que les permitiría crear una nueva alianza con Dios y su "Segundo Corazón". Espiritualmente, ya se estaba preparando para esta travesía a su nueva patria. Sin embargo, no resultaría fácil. Una gran cantidad de reflejos solares estaban ejerciendo sus influencias positivas y negativas, de modo que debía elegir la correcta con sumo cuidado. Sólo él podía decidir la ruta exacta que debía transmitir a su sucesor y a nadie más.

Estaba seguro de que el viaje a Ath-Ka-Ptah (Egipto) sería largo y agotador. Conocía con precisión tanto el punto de partida como el de llegada; en medio de ambos se extendía la ruta a seguir, la que no debería ser ni demasiado larga ni demasiado corta y, más importante todavía, debía estar inspirada por la divinidad. El trayecto que las estrellas fijas seguían era idéntico a la ruta opuesta que seguía el Sol en las configuraciones, mayores, como la del León.

Una aguda observación de Orión y Sirio le mostró el camino correcto hacia el "Segundo Corazón". Mucho más tarde, las Escrituras lo confirmarían: el Oeste y el Este están unidos junto con el ojo vigilante del Corazón del León, que muestra el camino al lugar de llegada.

Una pesada tarea les aguardaba. Todos los niños y niñas debían recibir instrucción, tal como Horus había ordenado.



Aquí, el Sol navega en una nueva dirección en un cielo invertido, después del Gran Cataclismo, guiado por el Santo Ojo.

Sin embargo, debido a la falta de conocimientos, sólo unos pocos pudieron cumplir con la tarea. Además, la tradición y las fuentes del conocimiento no podían ponerse en manos de cualquiera. Por añadidura, este conocimiento debía repetirse con minuciosidad a estos jóvenes, sin cometer ni un solo error.

Ellos, a su vez, deberían transmitirlo a sus propios hijos, generación tras generación, hasta que la Palabra se transformase en una escritura, que los retrotraería a la civilización. Esto sólo podría suceder el día predeterminado por Dios y no antes, porque, de lo contrario, se violarían sus leyes. De esta manera, los descendientes, en un futuro muy lejano, muchos siglos o miles de años por delante, una vez arribados a su punto de destino podrían reiniciar todas sus ciencias.

Era una jugada colosal, pero la única manera posible de recuperar la armonía con las Leyes Celestiales. El sumo sacerdote volvió a examinar con esmero sus cálculos; el tiempo evolucionaría lentamente en esta marcha opuesta con relación a la Gran Corriente Celestial, que corría junto a las doce constelaciones.

Además, el ciclo del Sol permanecería mucho más tiempo en el León, añadiendo todavía más tiempo a la progresión. Aun así, incluso cuando saliese de Leo, el momento no sería suficientemente favorable, sino que tendrían que esperar hasta la era de Tauro. Sólo en ese futuro lejano, y no antes, iba a ser factible encender su "Segundo Corazón".

Mientras el sumo sacerdote contemplaba las numerosas posibilidades, su esposa, Neftis, se reunió con Horus, el hijo de su hermana.



El León mira a la derecha, mientras todas las caras de los jeroglíficos miran a la izquierda. El Ojo Sagrado está representado en sus dos posiciones: el viejo, hacia la izquierda, y el nuevo (la Creación), hacia la derecha.

Al estar todos al corriente, de inmediato ella formuló la pregunta correcta:

- ¿Qué te está molestando, oh, hijo de mi amada hermana?
- Mi padre ha sugerido una alianza con Dios mediante la fe incondicional en nuestro Creador.
- ¿Tú no estás de acuerdo?
- Con la alianza no tengo ningún problema, pero la fe no será eterna y, por lo tanto, será imposible que la alianza perdure.
- Horus, comprendo tus dudas, pero la fe es la única manera posible. Esto debe transmitirse a las generaciones venideras: de lo contrario, se habrá perdido todo. Esta catástrofe también se produjo por un completo ateísmo, y si éste regresa será el fin de la humanidad.
- ¿Quieres decir que un cataclismo destruirá nuestra nueva patria?

Neftis guardó silencio y miró a Horus de manera inquisitiva, luego continuó:

— Por favor, no hagas la Ley Celestial más difícil de lo que ya es. La fe debería ser suficiente para explicar las "combinaciones matemáticas celestes". En todos estos años por venir, los sacerdotes y maestros, entre los que tú eres el primero, deben colaborar unos con otros para profesar el dogma de Dios y su poder por sobre todas las cosas y seres bajo cualquier circunstancia.

— ¿No es esta tarea demasiado pesada para mí?

— Ciertamente que no, Horus, pues tú eres la imagen del Creador, y este conocimiento protegerá a nuestro pueblo. Tú estás en condiciones de asegurar que todos los niños y sus descendientes se convenzan de este hecho. Más aún, debes enseñar la Ley Celestial en todo su esplendor, sin cambiar nada. La fe debe convertirse en una parte integral de la vida. Tú eres el descendiente del Primogénito y serás el guía del que nadie dudará. Así, el acuerdo se transmitirá de generación en generación de manera natural. Dios, entonces, nos recompensará con un largo período sin la amenaza del cielo, cuya duración será decidida por Él mismo.

Mientras tanto, Osiris visitaba al sumo sacerdote:

— ¿Son difíciles los nuevos cálculos?

— Dios ha sido bueno con nosotros, Osiris, y todo ha quedado igual, sólo que a la inversa. Mañana serán el tema de mi primera lección, que brindará la base para determinar la ruta a nuestra segunda madre patria. Existen algunos indicios de que, bajo la estrella favorable, en un futuro lejano, podremos iniciar un nuevo calendario, al que deberemos ajustamos.

— ¿Estás pensando en que Sirio indique el año divino?

— Sí, es el centro de nuestra nueva alianza con Dios.

— ¿Cuándo empieza este nuevo calendario?

— Las observaciones que hemos realizado en estos últimos diez días son bastante interesantes y los cálculos muestran que el Sol permanecerá en el León casi todo su ciclo.

— Qué buena noticia. Este conocimiento permitirá que nuestros descendientes aseguren la alianza hasta el fin de los tiempos.

Esta conversación, que se llevó a cabo no mucho tiempo después del gran cataclismo, sería decisiva para el futuro de Egipto.

No obstante, la profecía de Osiris se disolvería en los miles de años por venir, en la bruma de los tiempos, especialmente bajo la influencia de las distintas invasiones persas, romanas, griegas y árabes. El conocimiento del surgimiento y caída de las civilizaciones en forma cíclica, junto con el corrimiento de los polos, se perdió por completo con la profecía.

La vida continuó y Seth volvió a controlar a sus tropas. Afirmaba que el Sol los había creado y que, a partir de ese momento, debían adorar a Ra. También les asignó un nuevo nombre: Ra-Seth-Ou, 'Soldados del Sol'. Para tener al Sol completamente de su lado, pronunció las siguientes palabras dirigidas a Ra:

"Desbórdame con tus rayos bienhechores, ioh, Santo Creador! Que mi cetro, con tu aquiescencia, dé la orden para destruir a todos mis enemigos".



Una de las tantas copias, de miles de años de antigüedad, que cuenta acerca de la vida de Horus.

Además, comenzó a movilizar un ejército, seguido por mujeres y niños, que poco después se cruzó con las tropas de Horus. Seth miró con descreimiento a su primo aún con vida, quien de inmediato dio la siguiente orden:

— ¡Detengan la marcha! Soy yo, Horus, quien se lo ordena. Dios les permitió escapar. Si nos unimos, ¡Dios enviará a sus almas sin mácula a la otra vida!

Sin embargo, Seth no quiso oírlo:

— ¡Será mi placer matarte y lamento terriblemente no haberlo logrado la última vez que nos encontramos! Como amo de la nueva tierra, éste es mi deber. Además, no tienes ningún derecho al trono.

— ¿Estás seguro de que eres el nuevo amo?

Sin saber exactamente el significado de estas palabras, Seth miró a su alrededor con cierto asombro y una voz sonora rompió el silencio:

— ¡Les debería dar vergüenza! ¿Acaso han olvidado que son hijos de Dios?

Seth reconoció la voz de inmediato y una gran commoción nubló su mente; las palabras siguientes lo hicieron sentir peor todavía:

— ¡Sí, soy yo, Osiris! Regresé para decirles que Horus es el único y verdadero sucesor. Horus es el hijo del Sol, el toro del Tauro celestial que ha returnedo a la Tierra. Sólo él tiene la autoridad de Dios para conducirlos al "Segundo Corazón de Dios", donde la prosperidad y la felicidad los aguardan.

Lleno de ira, Seth contestó:

—No eres más que una réplica, sin cuerpo ni alma. ¡Retírate, oscuro fantasma! —Estoy vivo; por lo tanto, en este momento confiero a Horus mi celestial autoridad. A todos les digo con claridad: yo, Osiris, coloco a Horus en el trono de esta Segunda Tierra. Él será el amo indiscutible y el primer Per-Aha con descendientes celestiales. ¡Aquellos que no estén de acuerdo, que hablen ahora! Deberán marcharse de inmediato para que no les haga ningún daño. Pero ¡cuidado los que se queden con un corazón impuro!

Estas palabras tuvieron una influencia hipnotizante en las mujeres y niños que seguían a Seth, quienes se retiraron con inquietud. Seth debía proseguir con sus tropas. Miles de años más tarde, esta antigua conversación quedaría esculpida en varios templos, grabada como la Lucha de los Gigantes, es decir, los "seguidores de Horus" contra los "rebeldes de Seth".

Y nuevamente, la vida continuó.

Los seguidores de Horus se dieron cuenta de que les faltaban ciertos elementos esenciales para cumplir con el renacimiento de su pueblo. Uno de ellos era el hierro.

Osiris decidió dirigir él mismo una expedición. Horus reunió a cuarenta de sus mejores y más leales soldados. Neftis provocó un conflicto sumamente inusual al insistir para que su primogénito, Anubis, los acompañara para ayudarlos. Sin pedir ninguna explicación, su marido, el sumo sacerdote, estuvo de acuerdo con esto. Ella debía ciertamente tener una buena razón, considerando la edad de su joven hijo.

Anubis, junto con su enorme perro, siguió al grupo con toda lealtad. Al cabo de un par de días, la expedición aminoró la marcha. Osiris sabía dónde hallar una mina de hierro. Algunos antiguos marinos le habían dado la descripción de la ruta que antes del Gran Cataclismo conducía a la mina. Sin embargo, este acontecimiento había cambiado el entorno en gran medida y de tal forma que el sitio actual no concordaba con sus recuerdos.

En los días previos a la catástrofe, solía haber un torrentoso río en un área de exuberante vegetación, pero ahora se había topado con una montaña muy alta situada en un paisaje trastocado; no podía hallar su norte aquí.

De repente, una serpiente hambrienta se enroscó alrededor de Anubis. Su enorme perro salió en su ayuda, acción que le valió el título de mascota de todo el grupo. Los días transcurrían lentamente, hasta que una cadena montañosa cubierta de nieves eternas se divisó en el horizonte. Osiris supo que ésta era la dirección correcta y, con renovado coraje, retomaron la travesía. En tanto avanzaban, la temperatura bajó rápidamente, pero antes de que cayeran los primeros copos de nieve hallaron un desfiladero entre dos montañas y luego el camino comenzó a descender.

El aspecto físico del terreno cambió por completo. Visto desde arriba, lo que primero semejaba un mar había cambiado por una inmensa llanura de arena. A medida que se acercaban, parecía un mar seco. Pronunciados muros de piedra se elevaban desde lo que alguna vez, seguramente, había sido un gran río. Con cuidado, anduvieron a tropezones por la polvorienta masa de arena, que estaba rodeada de dunas de variadas alturas.

Un cálido viento torturaba las colinas arenosas, alguna vez acariciadas por las olas de un mar desaparecido. Enormes cantidades de conchillas, aún no fosilizadas, confirmaban que esta visión alucinante era la secuela del desastre que había causado tan tremenda agitación en el mundo.

Esa noche, Anubis no pudo dormir. Lleno de admiración observaba el cielo, y sus ojos se posaban, principalmente, en la clara bruma lechosa que parecía un río: Hapy. Demasiado joven para comprenderlo, seguía contemplando fascinado.

Osiris se le acercó y le dijo:

—Nuestros maestros de las mediciones y los números han llegado, a veces con el máximo detalle, al fondo de muchas cosas que ahora te parecen inexplicables. Podrás trascender esta etapa, oh, Anubis, y serás el ejecutor de los decretos celestiales, el mediador entre la muerte y la vida extramundana. Además, llevarás á nuestro pueblo en la dirección correcta a la nueva tierra, pero no más rápido que el lento movimiento del Sol.

Lleno de orgullo, Anubis siguió contemplando el cielo y vio una estrella fugaz, que reconocía el hecho de que este mensaje tendría un final favorable.

Al día siguiente parecían haber llegado a otro mundo. Todo tenía la apariencia de haber sido arrasado por un remolino, evidenciando una visión apocalíptica del desastre; incluso se podía observar en las montañas, cuyas inmensas grietas daban la impresión de ser recientes. Había muchos árboles carbonizados y pastizales que empezaban a crecer de los restos de la mustia vegetación.

Aquí encontraron los primeros trozos de hierro. Entonces, Osiris dejó a sus hombres para ir a buscar otros recursos, mientras Anubis y su perro comenzaron a explorar en algunas cuevas. Durante su meditación en una de ellas, una voz celestial le habló, y esas palabras se transformaron, dentro de su cerebro, en imágenes que le mostraron un acontecimiento aterrador.

Casualmente, Seth había desembarcado en este punto, junto con veinte de sus rebeldes del Sol, y cuando vio a su hermano explotó con toda furia:

— ¡Mírenlo con detenimiento! Esta vez, su falso Dios no lo salvará; el brillante disco que cruza el cielo será mi testigo. Al ser el Creador, justificará la muerte de Osiris.

El Primogénito lo miró con serenidad y le respondió con voz potente:

—Sí, me matarás, pero sólo porque Dios así lo ha decidido. Es Él quien guiará tu brazo para ejecutarlo, para demostrarles a tus descendientes que eres el hijo desleal del único y verdadero Dios, Ptah.

Rojo de ira, Seth tomó una lanza de uno de los rebeldes y gritó:

— ¡Yo soy el hijo del Sol! ¡Tú no eres mi hermano y morirás!

—Estás completamente equivocado. Tu castigo por este asesinato será que no reines ni un solo día en ninguno de mis territorios.

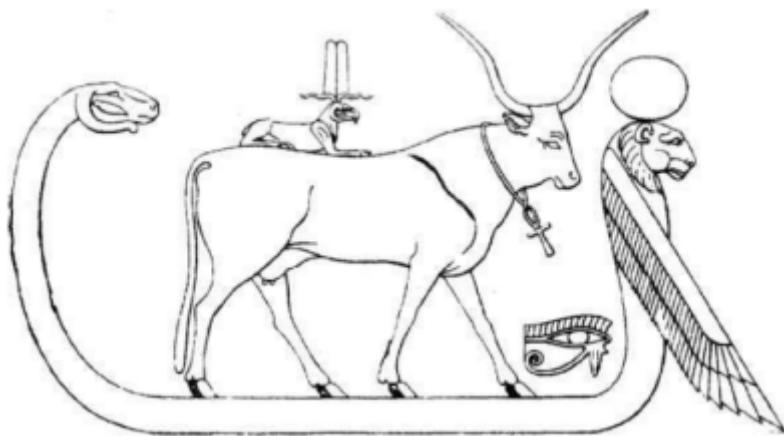
Apoyado en un pie, Seth blandió su lanza, que entró directamente en el pecho de Osiris con una fuerza quejumbrosa. Éste cayó y el extremo puntiagudo desapareció en la tierra.

Profiriendo gritos de júbilo, el vencedor se puso a bailar con deleite.

— ¡Osiris ha muerto! Y esta vez para siempre; nada podrá devolverlo a la vida. ¡Oh, Ra, te ofiendo esta conquista!

Después de estas palabras, Seth consideró que era prudente retirarse, pues tanta suerte en un solo día era algo demasiado bueno para ser realidad, y el ejército, que venía detrás, seguramente lo seguiría.

Por lo tanto, lo mejor no era descansar sino huir de inmediato.



En su nueva navegación celestial, el León arrastra a Osiris sobre la espalda del Toro, guiándolo a su morada de eterno descanso.

El perro fue el primero en acercarse al cuerpo y lamió el rostro con devoción. Un poco más tarde, llegó Anubis y oyó las últimas palabras sollozantes de Osiris:

—Entiérrenme cerca del lugar donde se encuentra el hierro... Mi espíritu protegerá a todos nuestros descendientes por muchos siglos... ¡Oh, Dios, a ti regreso!...

Actualmente es posible reconstruir la ruta que siguieron. Se inició en Ta Mana, a unos cien kilómetros de Agadir. En Ta Ouz, cerca de la frontera entre Marruecos y Argelia, hay tumbas que están allí desde el comienzo de los tiempos. Enterradas cerca de Osiris están Nut, Neftis e Isis, además de algunos sumos sacerdotes y consejeros de Horus. Los visitantes sienten que ingresan en un mundo diferente, mientras observan estos restos de las nieblas de la historia.

Pasaron los siglos bajo el signo estelar del León. Hor-Ou-Tir, el faraón regente en ese período y descendiente lejano de Osiris, reunió a su consejo; ése sería un día muy importante para los habitantes de Ta Mana.

El faraón empezó a hablar con voz enérgica:

—Estimados miembros del consejo, he convocado a esta asamblea extraordinaria porque el día de la gran partida está próximo. Debemos emprender la marcha juntos el día señalado por las "combinaciones matemáticas celestes", para disfrutar sus bienhechoras influencias. Sin embargo, primero debemos resolver algunos problemas.

Con gesto majestuoso, se echó la túnica sobre los hombros y se sentó en el trono.



Osiris, de hecho, está enterrado en Ta Ouz (su santuario). La llama eterna que condujo a los "escapados" hacia su Segundo Corazón, Ath-Ka-Ptah o Egipto, se recoge de su cuerpo.

Entonces, el sumo sacerdote tomó la palabra:

— ¡Que Ptah le otorgue a nuestro faraón una larga vida y una gran fuerza para destruir a todo aquel que se resista a las leyes de Dios! Somos todos descendientes del linaje de Osiris y nuestra victoria ya no está lejana. Por esta razón debemos resolver un dilema: la destrucción de otros como nosotros, los Ra-Seth-Ou, descendientes del apóstata Seth. Sólo entonces estaremos en condiciones de partir a nuestra Segunda Patria en paz y tranquilidad. Por lo tanto, este consejo debe hallar los hombres más apropiados para terminar favorablemente esta misión. Que la presencia de Dios nos ayude en estos tiempos memorables.

El sumo sacerdote se inclinó con dignidad frente al faraón y luego se puso de pie el presidente del consejo, quien empezó a hablar con voz resonante:

—Ya hemos hablado demasiado; es necesario formar un ejército de inmediato. Hace mucho tiempo, el Sol cambió su trayectoria en la era del León, pero ahora la dejará y, dado que debemos vencer a nuestros enemigos urgentemente, tenemos que irnos de inmediato. Todas nuestras acciones serán registradas en los anales. No olviden que nos aguarda una larga marcha, y no

sólo deberemos defendernos, sino también lanzar contraataques para proteger a nuestras familias.

Tomando esto en cuenta, el faraón convocó al jefe de las tropas, Mash-Akher, quien anunció su punto de vista:

—Para conquistar a los rebeldes, oh, descendiente de Osiris, aquí te ofrendo mis hombres; estoy a tu disposición, oh, Amo representante de la eternidad en la Tierra. Sólo nos faltan las armas, pero, si el consejo está de acuerdo con mis planes, podremos tenerlas a nuestra disposición rápidamente.

Estruendosamente, el faraón se levantó del trono y dijo:

—Discutiremos tu propuesta en un minuto, pero, mientras tanto, te nombro capitán de mi guardia exclusiva.

Mash-Akher hizo una profunda reverencia y aguardó sus instrucciones. El Primogénito volvió a hablar:

—Te ordeno que sigas sus planes. El día que el Sol despierte por cuarta vez, todo deberá estar listo, porque será el día de nuestra gran partida. Yo mismo conduciré al ejército, será el día de los seguidores de Horus. Por decreto celestial, ordeno que esto se inscriba en los anales.

En la mañana del cuarto día, el sumo sacerdote vio un inmenso ejército de soldados. Miles de lanzas, hechas con el hierro que Osiris había descubierto, brillaban a la luz del Sol. Catorce siglos después de la lucha entre sus líderes legendarios, un nuevo enfrentamiento los aguardaba. Bastante seguros de su victoria, los seguidores de Horus se arrojaron a la batalla. La lucha fue corta, sangrienta e intensa, y sólo unos pocos fueron apresados. Con voz estentórea el faraón dio la orden:

—Díganle a su jefe que no es necesario que nos sigan amenazando. Yo, Hor-Ou-Tit, faraón de sangre pura y descendiente de Osiris, soy el hijo de Dios y es Él quien me ha concedido esta victoria. Abandonaremos esta tierra, que no debe ser de ustedes y, por lo tanto, nunca lo será. Si llegáramos a encontrar a alguno de sus hermanos en nuestro camino, no tendremos ninguna piedad y lo mataremos. ¡Vayan y díganle esto a su jefe!

El Sol se encontraba en el punto donde concluiría la era del León. Con este auspicioso signo partieron hacia Ath-Ka-Ptha, el "Segundo Corazón de Dios". Esa misma mañana, Sirio había salido justo antes del amanecer. Este vigésimo segundo día de julio del año 8352 a.C. se inició una nueva era, con la larga marcha hacia la Luz.